

ARTÍCULOS

**¿UNA MUJER ES UNA MUJER?
RELATOS DE MILITANCIAS, AFECTOS Y GÉNEROS
EN LOS 70
A WOMAN IS A WOMAN?
MILITARY, AFFECTS AND GENDER STORIES IN THE 70'S**

Alejandra Oberti

UBA – UNLP - UNTREF

Socióloga y Doctora en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Se desempeña como profesora de grado y posgrado en la UBA, en la UNLP y en UNTREF (Maestría en Estudios y Políticas de Género). Es directora desde hace más de una década del Archivo Oral de Memoria Abierta y desde esa experiencia ha acompañado la creación de archivos y colecciones testimoniales en diferentes lugares de Argentina y América Latina. Fue directora de la Carrera de Sociología de la UBA (2014-2016). Es autora de Las Revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta (EDHASA, 2015) y de numerosos artículos en libros y revistas sobre el pasado reciente latinoamericano. Integra el Grupo de Estudios sobre Feminismos en América Latina del IEALC

Contacto: alejandraoberti@gmail.com

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Militancia**Memoria**Género*

La izquierda revolucionaria argentina de los años 60 y 70, como la de otros países y regiones, contó entre sus filas con una gran cantidad de mujeres. Muchas de ellas eran jóvenes que nacían a la vida política al mismo tiempo que surgían las organizaciones en las que militaban. La convocatoria a las mujeres osciló entre plantear una universalidad que las reconocía en igualdad con los varones y una particularidad que las condicionaba y las hacía mirarse en imágenes predeterminadas: las mujeres de otras revoluciones (Cuba, Argelia, Vietnam) o la figura de Eva Perón. Pero, independientemente del modo y la condición con que se las convocara, la militancia las transformó tanto cuanto ellas perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron.

ABSTRACT

KEYWORDS

*Militancy**Memory**Gender*

The Argentine revolutionary left of the 60s and 70s, like that of other countries and regions, had a large number of women among its ranks. Many of them were young people who were born into political life at the same time that the organizations in which they militated emerged. The call for women ranged from proposing a universality that recognized them on equal terms with men and a particularity that conditioned them and made them look at predetermined images: women from other revolutions (Cuba, Algeria, Vietnam) or the figure of Eva Perón. But, regardless of the way and condition in which they were summoned, the militancy transformed them as much as they disturbed with their gender the political and military structures where they were inserted.

Consideraciones iniciales

La izquierda revolucionaria argentina de los años 60 y 70, como la de otros países y regiones, contó entre sus filas con una gran cantidad de mujeres. Muchas de ellas eran jóvenes que nacían a la vida política al mismo tiempo que surgían las organizaciones en las que militaban. La convocatoria a las mujeres osciló entre plantear una universalidad que las reconocía en igualdad con los varones y una particularidad que las condicionaba y las hacía mirarse en imágenes predeterminadas: las mujeres de otras revoluciones (Cuba, Argelia, Vietnam) o la figura de Eva Perón. Pero, independientemente del modo y la condición con que se las convocara, la militancia las transformó tanto cuanto ellas perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron.

Como dimensión fundante de las identidades militantes, un conjunto de postulaciones teóricas y políticas, de representaciones y metáforas, daban forma a la revolución anhelada tanto como al orden social que imaginaban resultaría de ella. Inescindible de esas concepciones, la figura del hombre nuevo marcó ritmos y modelos para la actividad política. En ese contexto, una serie de referencias a las mujeres —a la militancia femenina y también a problemas específicos— muestran el modo en que las organizaciones pusieron la diferencia de género al servicio de la construcción de subjetividad militante a la par que se plantearon la necesidad de politizar la vida cotidiana y las relaciones afectivas, incluyéndolas como aspectos de la militancia. Pero, ¿cuáles fueron los alcances y significaciones de esa politización de la vida cotidiana? ¿Significó que la vida privada, la familia y todo debería estar puesto en función de las tareas y objetivos de la militancia política fijados por la organización?

Hace ya unos años, en el marco de un interés creciente y diversificado por el estudio del pasado reciente desde una perspectiva de género, un conjunto de investigadoras, periodistas e intelectuales nos venimos preguntado sobre los alcances de esas militancias. Una serie de preguntas animan esas intervenciones. ¿Cómo y en qué términos las mujeres se inscribieron en las estructuras organizativas de las organizaciones de la izquierda revolucionaria?, ¿la militancia femenina se limitó a algunos espacios y algunos lugares subordinados? Otras preguntas buscan conocer las implicancias que tuvo la presencia de mujeres para las estructuras de las organizaciones. ¿En qué medida su incorporación —tímida en los primeros años y resuelta en la medida que entraba la década de 1970— incidió en las definiciones acerca de cómo imaginaban las organizaciones el proceso revolucionario y a los sujetos que lo llevarían adelante? Una tercera serie de interrogantes trae la cuestión al presente y se interesa por las genealogías y los vínculos entre la militancia en las organizaciones revolucionarias de los 70 y las formas de activismo de las mujeres de las siguientes décadas.

Como han señalado diferentes pensadoras feministas, la presencia extendida de mujeres en el ámbito público tiende a desestabilizar la distinción entre la política y la vida privada. Esta distinción, que ha recorrido las representaciones culturales mediante un reparto de atributos que circunscriben lo femenino a un rango inferiorizado, “traza un corte entre las mujeres y la política” (Richard, 2000) a la vez que se constituye en “tecnologías de género” (De Lauretis, 1996)¹ que expresan y reproducen las ideologías sexuales hegemónicas con sus jerarquías de género implícitas. Sylvia Molloy (2003) sugiere que una manera de perturbar las definiciones de lo que se espera de un varón y una mujer es (re)leer el “texto cultural” a partir del género, no en el sentido de rescatar textos olvidados o mal leídos sino con la intención de producir fisuras en las lecturas establecidas que permitan realizar otras aproximaciones al tema en cuestión.

La utilización de la categoría de género para abordar las representaciones de violencia y memoria implica enfatizar su perspectiva histórica y relacional. El punto de vista que sigo se deslinda tanto de las interpretaciones reductivas (el género como indagación de la construcción cultural de lo masculino-femenino ligada a los “estudios de la mujer”, por ejemplo), como de aquellas formulaciones que la subordinan a otras categorías consideradas más “centrales” (que, por lo tanto, no le conceden una real legitimación en los diversos campos de conocimiento). Desde una perspectiva más amplia, el recorrido establece lecturas *desde* el género y no *en* y *sobre* el género, en consonancia con otras categorías identitarias (sociales, sexuales, generacionales, nacionales), fortalece el cruce con otros discursos y problemáticas y de este modo potencia su capacidad de intervención en la lucha por el sentido, de modo similar al que postula Judith Butler. La noción de *performatividad* de esta autora, en tanto “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, 2002: 316), esto es, entendida no como acto individual y voluntario de un individuo sino como una serie de prácticas ritualizadas y reiteradas en el tiempo por medio de las cuales el discurso produce los fenómenos que nombra, resulta decisiva en esta argumentación: “las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual...” (Butler, 2002: 18). De aquí que Butler sostenga que el género no es una identidad fija y predeterminada sino más bien “una identidad instituida por una *repetición estilizada de actos*” (Butler, 1998: 297).

¹ Teresa de Lauretis (1996) piensa el género como una representación que es el conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos por variadas y complejas tecnologías sociales y discursos institucionales, de epistemología y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana.

Este trabajo se apoya en esas consideraciones e intenta una lectura del corpus de materiales producidos por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), buscando allí las representaciones de género que despliegan. Una pregunta orienta la pesquisa: ¿esas representaciones inciden en las formas de concebir la política y la subjetivación política?, dicho de otro modo, ¿el sujeto revolucionario se altera de algún modo con la incorporación de las mujeres?

Hermosa, serena y valiente

Cuando las primeras compañeras llegaron a los cerros tucumanos, sentían cierto *temor de que los pobladores no vieran con buenos ojos la presencia de mujeres en la guerrilla*. ¡Pero cuán distinta fue la realidad! Solo sentimientos de alegría, cariño y respeto ha despertado la presencia de las compañeras en cada rancho tucumano. *Tal es la admiración del pueblo por las guerrilleras que su fértil imaginación llega a idealizarlas y así los pobladores comentan que las compañeras están llenas de virtudes, que son hermosas, ágiles, de paso seguro y firme, dotadas de fuerza y prestancia y capaces de grandes actos de heroísmo y arrojo*. Por ejemplo, *hace pocos días, una compañera uniformada y con la mochila y el fusil al hombro se encontraba perdida y buscando el camino de regreso atravesó a la luz del día una zona poblada*.

Los vecinos preocupados ante la posibilidad de que el enemigo pudiera detectarla le prestaron ayuda y más tarde todo el pueblo contaba que *la compañera era hermosa, serena y valiente*, que no le tenía nada de miedo a los milicos asesinos.

Así, llena de hermosas anécdotas está la vida de las compañeras en el monte que con el apoyo y el amor de todo el pueblo, están dispuestas a realizar cualquier esfuerzo y sacrificio en aras de lograr su liberación y conquistar su felicidad (ER 65, 1975: 19).

La escena fue publicada en *Estrella Roja*, el periódico del PRT-ERP, en 1975 cuando la guerrilla del monte tucumano estaba en retirada y la población de la zona había sido ya fuertemente reprimida por el Operativo Independencia. Puede parecer en ese contexto una pequeña nota “fuera de lugar” (es un comentario corto en la página 19). Sin embargo, no se trata de un tópico aislado, sino que por el contrario se repite en distintos artículos y cartas a lo largo de varios números de la revista y se la puede incluir en dos series diferenciadas. Por un lado, la serie de los textos que resaltan cuán vivibles eran los días en el monte, relatos que contrastan con numerosos testimonios que se refieren a las dificultades que presentaba la guerrilla rural para quienes sin entrenamiento y provenientes de experiencias de militancia urbana se incorporaron a la Compañía del Monte. La recurrencia de las descripciones que se observan en los editoriales,

artículos, partes de guerra y cartas que se publicaban en la prensa partidaria y que muestran la vida en el monte más limpia, descansada y fácil de lo que era, se corresponde con la determinación de elevar la moral de los combatientes, de hacer de cada militante un combatiente² para la guerra revolucionaria que, auguraban, sería popular y prolongada e incluiría a todo el pueblo. Por eso la vida del guerrillero, sea rural o urbana, debería ser vivible por cualquiera.

La segunda serie, la que me interesa aquí, traza un arco largo que comienza en las primeras publicaciones de la prensa de las organizaciones revolucionarias y en documentos de circulación interna y se expresa en una preocupación por el carácter conservador, individualista y con escasa conciencia de clase que les atribuían a las mujeres y que, temían, podría resultar un obstáculo latente para la militancia de sus compañeros, especialmente en los sectores obreros. Ejemplo de esto son los constantes intentos de escribir el folleto *el ERP a las mujeres argentinas*” y de formar el frente de mujeres, para el cual, según insisten en diferentes ocasiones entre 1973 y 1975, es necesario destinar recursos.

El ERP a las mujeres argentinas

La resolución práctica adoptada por el B.P. [Buró Político] para comenzar a superar este déficit, es la siguiente: a) Editar un folleto ‘el ERP a las mujeres argentinas’, b) Abrir en todas las regionales y zonas este nuevo frente designando un responsable (mujer u hombre) adscripto al Sec. Reg. organizando equipos partidarios para esta tarea, allí donde se disponga de recursos, c) Hacer todo lo posible para incorporar a esta tarea a las madres, cras. y hermanas de los miembros de la organización, d) Recomendar a las cras. militantes de más experiencia preocuparse por aportar para el éxito de esta tarea, presentando iniciativas y sugerencias a la dirección que hagan posibles sólidos y rápidos avances en este nuevo Frente (Boletín Interno N° 41, 1973; citado en Boletín Interno N° 64, 1974: 4).

El déficit al que hace referencia esta cita, extraída de un documento de circulación interna del PRT-ERP, consiste en una escasez de mujeres obreras en las filas del partido. Con esta resolución buscaban tomar medidas para revertir esa realidad adversa. La referencia corresponde al Boletín Interno (en adelante BI) número 41, de abril de 1973, y se encuentra reproducida en el número 64 de julio del año siguiente. La constatación, clara y definitiva de los pasos a seguir, indica que tanto el Partido como el Ejército deberían hacer lo necesario para

² Como señala *Estrella Roja*, en uno de sus primeros números, el objetivo del PRT-ERP en esta etapa era hacer “¿de cada ciudadano un combatiente!”. Eso incluye una prédica y un cierto entrenamiento que nunca es suficiente para las exigencias que implica la guerrilla rural (ER 9, 1971: 6).

convocar a las mujeres a sus filas. Para ello era indispensable contar con un frente específico, una política concreta, destinar recursos humanos y materiales y además editar el folleto El ERP a las mujeres argentinas. La tarea no parece compleja ya que el texto sería parecido “en su diagramación y redacción a otros materiales como el ‘PRT al pueblo’ y el ‘ERP al pueblo’” (BI 64, 1974: 11).

Sin embargo, el folleto nunca se editó, a pesar de que entre 1973 y 1975 la necesidad de tener un instrumento específico de propaganda fue mencionada varias veces en distintos boletines. Hecho llamativo en dos sentidos: por un lado, por la insistencia explícita presente en las discusiones de órganos de máxima jerarquía como el Comité Ejecutivo y el Buró Político y publicada en varios documentos partidarios; por otro por la dificultad para concretar una acción en apariencia sencilla y que era parte de la práctica cotidiana del PRT-ERP, como es la escritura de un folleto.

Cada uno de los sucesivos boletines subraya la necesidad de contar con un nuevo frente de masas que le permitiera al Partido tener una política específica destinada a un sector particular, las mujeres, cuya importancia no estaba tanto en la necesidad de que se incorporen ellas mismas a la organización, sino por la “influencia que tiene la mujer sobre la familia” (ídem. 4), en alusión a los modelos propuestos por la guerra de Vietnam y la Revolución Cubana. Las mujeres podrían ser un elemento fundamental a la hora de impulsar a los hombres y a la juventud a la actividad revolucionaria, para lo cual necesitaban una conciencia revolucionaria (que no poseían a pesar de, o tal vez debido a la opresión de la cual son víctimas) que alcanzara la misma intensidad —aunque en este caso particularizada— que intentaban insuflar al pueblo mediante una sostenida prédica.

Pero la intención explícita, la prescripción de ocuparse del tema y las indicaciones parecen haber tenido un eco escaso como reconocen posteriormente en un boletín de noviembre de 1975:

Por diversas razones la atención de este importante frente había sido prácticamente dejada de lado. El B.P. [Buró Político] ha destinado nuevamente un cuadro partidario para retomar con firmeza dicha actividad. Se ha planificado una primera visita a las direcciones regionales y zonas para tomar el problema. Solicitamos a los cros. faciliten el contacto del responsable destinado a tal efecto con los frentes para poder realizar bien la tarea (BI 95, 1975: 3).

Esta situación, en apariencia paradójica, muestra que el desarrollo de una política específica para las mujeres no era algo que pudiera simplemente indicarse. Razones de naturaleza diversa conspiraron para que el frente de mujeres tuviera

una gran dificultad para materializarse, a pesar de que ya para 1973 el PRT-ERP (y todas las organizaciones político-militares) contaban con una importante presencia de mujeres militantes, producto seguramente de una participación femenina en ascenso en todas las esferas sociales y políticas.

Las discusiones que proponía el incipiente feminismo —que formaban parte del universo de sentidos y prácticas disponibles para una generación altamente movilizada y politizada— y la incorporación de mujeres a la militancia armada si bien no alcanzaron a transformar, por lo menos pusieron en cuestión al sujeto neutro y masculino de los partidos de la izquierda revolucionaria. A pesar de su tono dubitativo, la decisión del PRT-ERP de tener una política específica saca a la superficie la evidencia de las diferencias de género en el espacio de la militancia: las mujeres constituían el sector “más atrasado”.

[Nos encontramos, por ejemplo, con cras. que tienen capacidad y responsabilidad de convertirse en cuadros profesionales (frase tachada) esto se ve *dificultado por los problemas que surgen con sus compañeras*. Por la misma situación de sometimiento en que se halla la mujer en la sociedad es a quien la propaganda burguesa y sus costumbres más influencia, *el individualismo se ve más marcado y esto hace que entre en contradicción con la actividad revolucionaria que mina el futuro y el porvenir de todo lo que emprenden sus cras*. Indudablemente no podemos adoptar como línea de masas la separación y por consiguiente la destrucción de la familia (frase tachada) sino por el contrario debemos darnos una política que gane a la familia, en especial a las cras. y se unan a la revolución. Solamente en casos excepcionales *cuando la cra. sea incorregible, cuando su estructura pequeño burguesa sea inmodificable y ella conspire contra el desarrollo de su cra., es recomendable una separación*. (BI 64, 1974: 5) (Los destacados me pertenecen)]

La preocupación que se explicita en este párrafo es doble. Por un lado, señala que la familia debe ser preservada, ya que se trata de una instancia positiva y necesaria advirtiendo que el Partido no debe interferir —a no ser que sea estrictamente necesario— en su conformación. Por otro, y en el marco de una advertencia acerca de que en algunos casos la mujer puede ser *incorregible*, el documento prescribe el derecho de la organización a decidir sobre la continuidad de la pareja. El fin —garantizar la incorporación de varones, especialmente de aquellos que provienen de la clase obrera a la militancia— justifica el uso de una medida que ellos mismos juzgan severamente y de dudosa legitimidad como es la separación de una pareja.

El documento continúa con una “caracterización de la mujer” que ayuda a comprender por qué éstas podrían boicotear la militancia de sus parejas, mientras que en ningún momento aparece hipotetizada la situación inversa:

...por la influencia de la educación y propaganda burguesa *las mujeres constituyen un sector políticamente atrasado hasta el momento*, tanto se nota esto en la mujer que trabaja, como en la (sic) ama de casa, salvo una pequeña vanguardia, producto por otra parte de la falta de trabajo revolucionario sobre ellas.

En este sentido se nota que a nivel partidario *frenan la actividad de sus propios cros. e incesantemente favorecen al enemigo*, y en el campo popular los objetivos *no van más allá de sus preocupaciones inmediatas* (alza del costo de la vida, salarios bajos, sanidad, englobado todo esto en la situación particular de sus barrios con sus correspondientes carencias) (BI 64, 1974: 7).

De esta caracterización, interesa destacar tres cuestiones. En primer término, la correlación directa entre esta manera de definir a las mujeres y la propuesta, mencionada en referencia al ejemplo de la revolución vietnamita, de hacer un uso estrictamente instrumental de atributos que les serían “esenciales”. Podrían atrasar la militancia del compañero tanto como favorecerla. Esto último porque son capaces de atender la retaguardia, de sostener la familia y de cuidar a los heridos, caracteres a ser aprovechados y que justifican que la organización dedique recursos al indispensable trabajo hacia ese “sector”.

En segundo lugar, una definición unívoca de lo que sería atrasado y evolucionado. Las reivindicaciones de las mujeres de los sectores populares *no van más allá de sus preocupaciones inmediatas*, insisten. Como prueba de ello, presentan una enumeración que apunta a problemas económicos o, más precisamente, que alude a necesidades básicas y que fundamenta la consideración de las mujeres como un elemento corporativo y pasivo que solamente se movilizaría en pos de demandas particulares o debido a unos intereses inmediatos. Por lo tanto, para *ganarlas* para la revolución el Partido debería tener una política puntual en la cual prime el trabajo legal, “cautelosa”, sin “desviaciones de izquierda”, (*íd.* 9) y focalizada en las características reales de “este sector popular, que se caracteriza por su apoliticismo y anticomunismo” y que necesitaría, para integrarse a la militancia propiamente revolucionaria, “años de trabajo paciente y cotidiano” (*íd.*: 11).

La tercera cuestión a subrayar es el tono entre paternalista y admonitorio con el que se posicionan al definir a las mujeres y calificar sus preocupaciones y que se percibe de modo ejemplar en la ausencia de una voz que hable desde ese “sector”. En efecto, el conjunto de afirmaciones acerca del atraso ideológico y la falta de conciencia de clase de las mujeres provoca un discurso persuasivo e iluminador destinado a despertar conciencias e indica acciones que presten “suma atención a lo que dicen” (*íd.* 9). Sin embargo, lo que las mujeres tendrían efectivamente para decir no aparece mencionado en ningún caso. En este conjunto relevante de textos que son los boletines internos de la organización, el

discurso partidario se hace cargo de enunciar las *preocupaciones inmediatas* de las mujeres, en una clara delimitación de cuáles serían los intereses y necesidades propias de cada género. Se trata de una voz que, a la vez que interpreta, intermedia y define un universo de problemas a los que las mujeres estarían limitadas.

Las representaciones de género que hizo el PRT-ERP influyeron en el modo en que se incorporaron las mujeres a la militancia tanto como en las maneras en que los programas incluyeron, o no, los problemas específicos. Es así que las mujeres fueron definidas como un elemento particular –en contraste con el universal masculino- y además como un posible obstáculo a la política de clase al impedir que los maridos se entreguen de lleno a la militancia. Y todos los elementos que el PRT-ERP eligió para demarcar el campo de lo que serían las preocupaciones femeninas se relacionan con problemas directamente vinculados a carencias de origen económico o a cuestiones familiares. Más o menos elaborada, esta estrategia discursiva se basaba en el modelo de domesticidad femenina tradicional que situaba a las mujeres como: reproductoras, atadas a la familia, pieza clave de la reproducción ideológica. Patrones que resultaban hegemónicos en décadas anteriores pero que hacia 1960 habían entrado en contradicción con nuevos comportamientos que produjeron transformaciones en la moral sexual, en las relaciones familiares y en los vínculos entre varones y mujeres.³

El recorrido por los documentos del PRT-ERP muestra una valorización de la familia como espacio de reproducción de la ideología y de la mujer como un elemento clave en ese proceso, mientras deja ausente todo un universo de cuestiones que grupos de mujeres venían discutiendo entonces. El problema del trabajo doméstico no compartido, la sexualidad, la reproducción, la anticoncepción y la violencia, entre otros temas, no figuran entre las preocupaciones que podrían movilizar a las mujeres para el PRT-ERP.

³ En la reconstrucción que realiza Isabella Cosse de los cambios en las pautas de comportamiento y en las convenciones sociales en relación a la pareja heterosexual y la formación de la familia se establece, justamente, un corte temporal desde inicios de la década del sesenta hasta el golpe de estado de 1976 (Cosse, 2010: 12), una época de marcadas transformaciones en las pautas del cortejo, las pautas sexuales, el modelo conyugal y la maternidad y paternidad de las parejas heterosexuales en los sesenta, que marca una distancia entre las generaciones precedentes y estas. Cosse señala que los cambios en la normatividad social de las parejas y las familias mantienen un signo de ambigüedad que caracteriza como una revolución discreta. Por un lado, se produjeron múltiples fisuras en el modelo doméstico que prevalecía en la década del '50, especialmente en relación a la flexibilización de las reglas del cortejo y el noviazgo, y a sus pautas sexuales, y a una informalización de la sociabilidad. Además, estas mutaciones fueron transversales a toda la sociedad, aunque con variaciones de clase y género, y en un período muy corto de tiempo. Por otro lado, estos mismos cambios mantuvieron o incluso reforzaron la pauta heterosexual como central, la vinculación de la sexualidad con la afectividad, y las desigualdades de género en materia de moral sexual.

La dicotomía que organiza el discurso acerca de las mujeres — atraso/adelanto, falta de conciencia/conciencia de clase, apolítica/política— es deudora en gran medida de las concepciones de la izquierda tradicional, tanto en el valor positivo otorgado al progreso, como en las señales de alarma que se encienden ante los reclamos de las mujeres. En este sentido, muchas de las menciones de estos documentos se nutren de planteos que traen ecos de las posiciones jacobinas en la Revolución Francesa (Sazbon, 2005), incluso más que de la tradición revolucionaria socialista de principios del siglo XX que, con sus idas y venidas, instaló el problema femenino de manera contundente (Einsenstein, 1980; Haraway, 1991).

Si la tradición jacobina sospechó de los planteos de las mujeres en pos de constituirse en sujetos y la bolchevique se hizo eco de éstos para luego reinstalarlas en el espacio doméstico en provecho de una nueva familia, ambos planteos se encuentran presentes en el modo en que la nueva izquierda argentina convocó a las mujeres a integrarse a sus filas. De ahí, probablemente, la prestancia en asumir un uso instrumental de las mujeres que contacta a la vez con las representaciones acerca de la guerra de Vietnam y con el modelo propuesto por la revolución cubana.

La experiencia vietnamita tiene una presencia significativa en la prensa y en los documentos, su ejemplo aparece como referente en relación a diferentes cuestiones. Un ejemplo es la publicación en *El Combatiente* (números 243 y 245 de noviembre y diciembre de 1976; en adelante EC) de una conferencia del “Camarada Le Duan, Secretario de los Trabajadores de Vietnam”, donde se refiere al Movimiento de Mujeres. En la presentación de ese texto, los editores señalan que Le Duan:

... marca claramente el contenido de clase del problema femenino, tanto antes como después de la revolución socialista, y de la necesidad de abordar el problema de la ideología y de los métodos de trabajo de las mujeres para fortalecer cada vez más su espíritu revolucionario y perfeccionar los organismos dirigentes de las mujeres en todos los planos (EC 243: 15).

La conferencia plantea que el problema de la mujer en Vietnam -marcado de manera muy fuerte por las características de una sociedad que tenía resabios feudales- está constituido por una suerte de sobredeterminación entre un fuerte atraso social, al cual este sector es especialmente vulnerable y un problema de clase. Oprimidas desde el punto de vista de la clase, de las costumbres y la moral, las mujeres tienen una tarea ardua por delante. La revolución exige grandes sacrificios, privaciones y abnegación y el altruismo propio de las mujeres —que

se expresa especialmente en las relaciones familiares— podría constituir un fuerte aliado:

... las mujeres dan muestra de un gran espíritu de sacrificio. Generalmente piensan más en los otros que en sí mismas y consagran a sus maridos y sus hijos un amor sin límites. *Hasta hoy este altruismo se ha ceñido al marco familiar, conviene ahora extenderlo a la sociedad, lo cual quiere decir que las mujeres han de consagrarse a la obra revolucionaria tal cual lo han venido haciendo por sus propias familias, y deben ocuparse de las masas como se han ocupado de sus hijos. Únicamente a este precio llegaran nuestros cuadros femeninos a obtener el ascenso del movimiento de mujeres* (EC 243, 1976: 17).

Si este párrafo es elocuente, el cierre de la conferencia, publicado dos números después, lo es todavía más:

La tarea de las mujeres no consiste solo en otorgar vuelo al movimiento revolucionario, sino también en formar generaciones futuras. Fortalecidas en sus tradiciones de grandeza y heroísmo, las mujeres vietnamitas habrán de llegar, sin duda alguna, a un grande y poderoso movimiento de mujeres en el seno del movimiento revolucionario general de la nación (EC 245, 1976: 18).

De modo similar, la revolución cubana influye en diferentes planos del pensamiento y la acción del PRT-ERP como se puede ver en las numerosas referencias que aparecen tanto en la prensa como en documentos programáticos, muchas de las cuales resaltan el rol central que esa experiencia revolucionaria tenía para la nueva izquierda en general. La expectativa de que después de la revolución en Cuba se producirían en otros países de la región procesos análogos colocaba a ese país como modelo u orientación no solo para “hacer la revolución” sino también para proponer modelos de construcción del socialismo, de la sociedad futura. El artículo “El papel de la mujer en la revolución”, publicado en marzo de 1975 en *El combatiente*, traza un recorrido que muestra las fuentes que nutren el pensamiento de PRT en este punto. Inicia con el fragmento del discurso de Fidel Castro en el cierre del Congreso de Mujeres de toda América que se había realizado en La Habana dos años antes donde el líder de la revolución cubana llamaba a las mujeres a ser revolucionarias y desde allí desgrana cuestiones teóricas (en la misma línea de *Moral y proletarización*)⁴ y sociohistóricas (nacionales

⁴ “Moral y proletarización” (Ortolani [1972], 2004) es tal vez el documento donde se observa de manera más elocuente la preocupación de las organizaciones por la subjetividad militante. Firmado por Julio Parra (seudónimo de Luis Ortolani) y publicado en la revista *La gaviota blindada* que realizaban los presos perretistas en la cárcel de Rawson durante 1972, se convirtió rápidamente en un manual de iniciación para la militancia del PRT-ERP y en un código normativo con el cual medir la *performance* de los militantes en relación al ideal de compromiso que

e internacionales). Si el comienzo del artículo muestra la asimilación al tratamiento de cuestión de la mujer en la revolución cubana, el final establece con claridad la línea partidaria:

Además, si bien es más lenta y dificultosa la integración de las mujeres al proceso revolucionario, cuando esto se logra, ellas se distinguen por su valentía y su audacia. [...] El Partido Revolucionario de los Trabajadores llama a todas las mujeres honestas y progresistas, patriotas y revolucionarias, a sumarse al caudal de los contingentes de la Revolución, a nutrir los destacamentos de combate del pueblo, a nuclearse en organismos femeninos y de masas que luchen por sus reivindicaciones más sentidas (EC 157, 1975: 9).

Síntoma del modo en que conciben el sujeto de la revolución la caracterización de este sujeto particular que son las mujeres entrará en crisis cuando confronte con las mujeres reales y concretas, con la militancia cotidiana en todos los frentes. Sin embargo, y a pesar de las evidencias de esa crisis, la lectura de la prensa y los documentos partidarios revela una dificultad para hacerse cargo de la distancia entre esa mujer que imaginan y las mujeres reales con las que se encuentran.

Las compañeras en la guerrilla

A pesar de la preocupación por formar el frente específico —y de las dificultades para organizarlo— las mujeres continuaron incorporándose al PRT-ERP y desarrollaron tareas diversas, tanto políticas como militares, en todos los frentes, incluso los más arriesgados y exigentes en términos físicos, como es el caso de la guerrilla rural.

Durante el tiempo que operó la Compañía de Monte, *Estrella Roja* presentó, en cada entrega, distintos tipos de intervenciones dedicadas a informar sobre su

propone. En el marco de una crítica radical al individualismo burgués y de una propuesta de proletarianización de los militantes que los acerque al pueblo y a la clase obrera, la moral burguesa es objeto de crítica y con ella entran en la escena discursiva, de lleno y extensamente, una serie de problemas hasta entonces soslayados: la vida cotidiana, la pareja militante, el modo en que se cría a los hijos. El documento se publicó de manera completa en *Políticas de la Memoria*, n° 5 (Buenos Aires, verano de 2004/5), en un dossier titulado “Militancia y vida cotidiana en los sesenta/setenta”. Fue acompañado de dos intervenciones críticas: “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT- ERP” de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero y “La moral según los revolucionarios” de mi autoría donde analizo los distintos tópicos que aborda el documento (la destinación, la concepción del sujeto de la revolución, el papel de la mujer en las luchas revolucionarias, la moral, la familia). Los argumentos centrales acerca del rol del documento para el PRT-ERP han sido ya expuestos en ese texto. Con relación al carácter conservador de la nueva moral y el modo en que “Moral y proletarianización” trata el problema de la familia revisé las conclusiones del texto de 2004 en *Las revolucionarias* (2015).

accionar. En esos textos, en ocasiones titulados “Parte de guerra”, se exponen tácticas y estrategias, con un tono entre esforzado y triunfalista, mientras muestran la efectividad del ejército del pueblo, la decisión con la que actuaban, la capacidad para realizar expropiaciones, el modo de repartir lo obtenido, o el tópico que aparece de manera recurrente “las buenas condiciones de los campamentos”.

En la medida que se incorporaron mujeres a la Compañía, los relatos presentados en la revista buscaron dar cuenta de esa especificidad. “Las compañeras en la guerrilla”, por ejemplo, se esfuerza por añadir a la descripción de lo cotidiano elementos que refieren a la presencia femenina. Las expectativas de los militantes acerca de lo que sucedería ante la llegada de mujeres, las dudas sobre si serían capaces de soportar las condiciones, las preguntas sobre su capacidad de combate, entre otras cuestiones, se dirimen con rapidez en un movimiento que resalta los atributos domésticos por sobre los militares:

Importantes han sido las mejoras que se han producido en la vida diaria de los combatientes de la Compañía desde el momento en que se incorporaron compañeras a sus filas. Ellas han *contribuido a mejorar el orden, la calidad de las comidas, la limpieza y la higiene general*. El trato con los compañeros es de total camaradería y respeto, son las compañeras quienes *cuando notan a un compañero preocupado o decaído inmediatamente se acercan a preguntarle que le sucede, si pueden ayudarlo*. Desde la llegada de las compañeras han desaparecido las rudezas del lenguaje, los compañeros son cuidadosos en las palabras que emplean. (ER 65, 1975: 18-19) (Los destacados me pertenecen)

Las virtudes femeninas, una vez más al servicio (doméstico) de la militancia: *cocinar, limpiar, cuidar, consolar*. En la misma línea, en dos intervenciones del número siguiente muestran la preocupación por contar cómo es la cotidianeidad en la guerrilla rural, destacando positivamente esa experiencia. “La vida en el Monte. Los campamentos” (ER 66, 1975: 3) es una descripción que a la vez que se refiere a “la disciplina y la organización” de la compañía, insiste en que los guerrilleros tenían “una vida confortable”. La segunda, “La vida en el Monte. Carta de una compañera a sus padres” (ER 66, 1975: 9), repite los mismos tópicos, la calidad de la comida, las excelentes relaciones con los compañeros y los pobladores locales; la diferencia es que en este caso el argumento está focalizado justamente en la experiencia personal de una mujer que está allí para certificar ante sus padres (presuntos destinatarios del texto) que la vida en el monte es una vida buena, reforzando el señalamiento general por la vía de la individualización. Buenos lugares donde dormir, comer, higiene personal: “el baño es obligatorio en la semana y los compañeros están afeitados” (*id.* 9), las cuatro comidas diarias, la alegría en el trabajo compartido, las largas marchas.

Cuando yo llegué ya había compañeras en el monte, y en nuestro grupo subimos varias. *Todas cumplimos las tareas por igual. No se vayan a creer que las mujeres cocinan y los compañeros trabajan o combaten. [...]... los compañeros cocinan [...] nosotras cargamos las mochilas, construimos el campamento y salimos en misiones sin diferencias. Si es una compañera la que tiene más experiencia en un grupo de combate, es designada responsable, y todos los compañeros confían, la respetan sin hacer diferencias.* (ER 66, 1975: 9) (Los destacados me pertenecen)

El texto hace hablar en primera persona a unas heroínas que poseen sus propias maneras de vivir y morir (aunque la muerte prácticamente no se nombre en estos dos textos), a la vez que traza un diseño corporal determinado, una nueva forma de imaginar el cuerpo de las mujeres (*cargando mochilas, saliendo en misiones*) en una situación radicalmente extradoméstica. El sujeto del enunciado, que aparece alternativamente en primera persona del singular (*cuando yo llegué*) y del plural (*nosotras cargamos las mochilas*), muestra a unas mujeres que se sitúan en un espacio novedoso para ellas, pero que las recibe de manera franca y abierta reconociéndolas en una posición de paridad (si alguna mujer tiene más experiencia, los compañeros *la respetan, sin hacer diferencias*). El relato induce a pensar en un escenario que, tal vez por excepcional, es radicalmente igualitario. Un espacio que, independientemente de si la carta es apócrifa o no, señala, en todo caso, una intención editorial de construir esa igualdad, de exceder la nueva domesticidad presente en el comentario previo (las mujeres han *contribuido a mejorar el orden, la calidad de las comidas, la limpieza y la higiene general*). Un punto de fuga en relación a lo anterior.

Estos elementos se conjugan con un relato acerca del modo en que los recibe la gente del lugar, la represión sobre el pueblo tucumano, las primeras referencias a Famaillá⁵ y las características de los enfrentamientos que parecen casi un juego. “Cuando los milicos descubrieron nuestro campamento y se armó flor de balacera, aprendí a estar alerta, a escuchar y diferenciar los ruidos”. “No

⁵ El texto dice “Porque el engaño no va más y el miedo es lo único que les queda. Intentaron el operativo de acción cívica. Como no obtenían información ahora se llevan a la gente vieja y joven, mujer u hombre, los torturan, los llevan a Famaillá, y a veces aparece, a veces no” (ER 66, 1975: 11). En la provincia de Tucumán, tuvo lugar el primer ensayo de la represión estatal que se desataría más tarde en todo el país luego del golpe de Estado. El decreto presidencial N° 261 del 5 de febrero de 1975 (aprobado y refrendado por el gabinete de gobierno y por el Congreso respectivamente), daba lugar al “Operativo Independencia” mediante el cual el Ejército pasaba a ocupar buena parte de esa provincia con el objetivo de “aniquilar” al foco guerrillero instalado allí desde finales de 1974 por el ERP. Cinco mil hombres (conscriptos, oficiales y suboficiales del Ejército y, más tarde, también de la Marina, la Fuerza Aérea y la Policía) participaron en la primera “batalla” de la “guerra antisubversiva” contra un contingente de poco más de un centenar de guerrilleros. En la “Escuelita de Famaillá” y en la Jefatura de Policía de Tucumán funcionaban ya desde finales de 1974 sendos centros clandestinos de detención y para el verano de 1976 la cifra ascendió a 14 en diferentes lugares de la provincia.

hace falta ninguna pasta especial para estar en el monte” (ER 66: 10), concluye, dando sentido al texto como una pieza discursiva que destinada a elevar la moral y atraer a más militantes a la guerrilla rural, constituye una destinación amplia. Ahora bien, después de estas intervenciones está el texto que cité más arriba, donde se define a las militantes como “la guerrillera hermosa, serena y valiente”. Si en el pasaje de la nueva domesticidad (que propone que las mujeres llevan consigo orden y limpieza) a la posición igualitaria (capaces de cargar mochilas y armar campamentos y por lo tanto también de ser responsables de un grupo de combate) se perciben los efectos de una fisura en los modos de concebir la posición de las mujeres (a la vez que habilitan, leyendo a la distancia a repensar qué es una mujer), en este fragmento se hacen presentes nuevamente los atributos femeninos tradicionales. El relato pasa del temor acerca de cómo verían los pobladores del monte a las guerrilleras y las dudas acerca de cómo sería su desempeño, a una visión estetizada de la joven guerrillera que serena y valiente sobrevuela de modo casi fantasmal las poblaciones tucumanas. A esos tópicos se suma todavía una afirmación acerca de los atributos físicos y la buena presencia de estas jóvenes.⁶

En este sentido, el elogio de la joven cargada de mochila y fusil que pierde el rumbo y necesita asistencia para no encontrarse con una patrulla del ejército, sumado a la insistencia en la belleza, resitúa esos cuerpos díscolos en un espacio femenino acotado al valor de la apariencia física. Tanto como las cualidades domésticas que las mujeres llevaron al monte y la capacidad de levantar la moral de los combatientes cuando alguno está *decaído*, esta imagen de la guerrillera hermosa y serena viene a suturar la fisura provocada por la afirmación de que cuando una mujer *tiene más experiencia en un grupo de combate, es designada responsable, y todos los compañeros confían, la respetan sin hacer diferencias*. La línea de fuga se corta y, de este modo, los cuerpos femeninos vuelven a encarnar las virtudes propias de su género, esta vez al servicio de la revolución.

La guerrillera hermosa, serena y valiente

El llamado a que las mujeres participen tiene, entonces, varios fundamentos. Por número, en el marco de hacer de cada “ciudadano un combatiente”, las mujeres, en tanto parte del pueblo, entran en las generales de la ley. En su particularidad pueden cumplir tareas específicas que se relacionan con su feminidad, como dar consejo sentimental, cuidar y mantener el hogar,

⁶ Como señala María Moreno (2004), la imagen de la guerrillera, que reúne a mujeres con militancias diversas, se presenta en esos años cargada de erotismo y asociada a una conjunción de belleza, juventud y capacidad guerrera. Las canciones del uruguayo Daniel Viglietti expresan esta cuestión.

centrales para sostener la retaguardia. Además, un trabajo que las ayude a elevar su conciencia y a abandonar el individualismo impediría que se transformen en un obstáculo cuando sus compañeros se incorporan a la militancia.

Pero hay todavía más. El mandato de la proletarización, relacionado directamente como está con las definiciones acerca de la moral revolucionaria, la familia y la crianza de los hijos para la revolución, las tiene como un objeto privilegiado. Justamente porque las mujeres están ancladas a la familia y el destino de ésta se encuentra indisolublemente atado al femenino. La importancia dada a la construcción de la familia revolucionaria —que en su definición a la vez que retiene algunos de los atributos de la familia tal como se la conocía entonces, muta en un espacio que sirve de base para la nueva sociedad— pone a las mujeres en una suerte de situación paradójal. A la vez que las llama a participar de la revolución, las reenvía a hacerlo desde una posición asociada a los atributos femeninos. Cuidar, alentar y no obstaculizar y, a la hora de cargar el fusil y la mochila al hombro e internarse en el monte, consolar a los compañeros, llevar orden e higiene. Pero también, con la gracia propia de su género y su juventud, perderse en el monte, cual ninfas⁷ indefensas, y atravesar serenamente poblaciones que, no es necesario recordar, en los últimos meses de 1975, estaban ya sitiadas por las fuerzas de seguridad.

Entonces, ¿qué sentido hace, en el marco de la prensa partidaria, esta figura recurrente de la guerrillera serena y hermosa? Al incluir a las mujeres como sujetos de la revolución, el PRT-ERP buscó definir las y al, hacerlo, acentuó atributos esencialmente femeninos, que se recortan sobre el sujeto universal (neutro y masculino) representado por la vanguardia que es el partido. Gayatri Spivak (2003) se refiere extensamente a ese procedimiento y señala que, al destacar determinadas características para definir y explicar a un sujeto, “otro” con respecto a quien lo define y particularizado (para el caso, a las mujeres) — más allá de que los atributos seleccionados sean adecuados o no y más allá de que sean positivos o negativos— constituye un modo etnocéntrico de pensar la política y los sujetos de la política. En oposición, Spivak propone un modo no etnocéntrico de enfrentar la diferencia. A partir de las conceptualizaciones de Jacques Derrida insiste en dejar que el otro hable dentro del texto propio, “como un espacio en blanco” que “vuelva delirante” (*íd.* 340) el discurso propio. Pensar

⁷ La figura de la ninfa refiere a una de las fórmulas o *Pathosformel* del historiador del arte Aby Warburg. José Emilio Burucúa (2003) señala que para Warburg se trata de la fórmula emotiva. Una representación que provoca una respuesta emocional compartida por los integrantes de un mismo grupo. No se trata de una simple imagen, sino que en ella prevalecen correlaciones que permiten ver al personaje histórico encarnando un *pathos* atemporal. Con relación a la iconografía política argentina, Burucúa encuentra a la ninfa en la imagen de Eva Perón con el pelo suelto que utilizó la izquierda peronista. Retomo esta cuestión en el capítulo siguiente. Sobre el tratamiento de la fórmula de la ninfa por parte de Warburg, cfr. también *Ninfas* de G. Agamben (2010).

al Otro de un modo no etnocéntrico implica analizar los mecanismos por los cuales ese otro se constituyó en un particular, antes que en buscar comprender su esencia (Spivak, 2003: 338).

En el caso de la nueva izquierda argentina se puede leer desde esta perspectiva la insistencia de las organizaciones armadas en delimitar las posibilidades y atributos de las mujeres. La lectura de la prensa y los documentos muestra los modos discursivos de traducir el imaginario de una diferencia de género que inquieta y lleva a definir y particularizar a las mujeres. Como si señalaran con esto que en cualquier posición en la que se las encuentre se las podrá definir a partir de algunos atributos del género. Sin embargo, las mujeres militantes excedieron también esa posición, aunque los discursos del PRT-ERP no registraran ese plus de significación. Los constantes corrimientos en el modo en que las son definidas —que parecen ir mutando de acuerdo al lugar donde ellas se ubiquen, como si las persiguieran— dejan entrever líneas de fuga a través de las cuales se vislumbran las nuevas posiciones de género.

Una lectura desfasada

Los relatos de mujeres que participaron de la militancia revolucionaria de los años 70 en Argentina dan cuenta de un modo de asumir la actividad política en el cual aquellos valores asociados tradicionalmente a la socialización de las mujeres y que implican estar atentas y dispuestas a ciertas actividades antes que a otras, se interrelacionan con las prácticas militantes (que incluyen acciones armadas). Hablan sobre una militancia que se conjugó con las prácticas femeninas tradicionales produciendo una identidad fragmentaria y dividida que en cierto modo pone en cuestión la idea de que ser mujer es reproducir diariamente “un original que está allí listo para ser usado” (Butler, 2002).

Al recordar su militancia, no se ven ni plenamente “guerreras”, ni plenamente “mujeres, esposas, madres”, sino algo de ambas: mujeres/ militantes/ madres. Pero no se trata simplemente de una sumatoria, sino de una suerte de sobredeterminación que modifica ambas series, una conjunción entre violencia política y vida cotidiana que implicó nuevos modos de actuar en los dos espacios. En este sentido, es posible afirmar que la militancia femenina alteró las formas de la política y también las de la vida cotidiana, la familia y los afectos.

Las guerrilleras que narran su participación en acciones armadas muestran, en el ejercicio narrativo de situarse como sujetas de deseo, y sujetas activas a la hora de construir memoria, que la responsabilidad (que no eluden) es fundamental para determinar qué es un sujeto. Nos muestran también un escenario complejo donde las formas femeninas de la militancia en las organizaciones armadas constituyeron un exceso en relación a distintos modelos

de mujer y también a lo que las organizaciones mismas podían contener. Esos relatos muestran que al poner en cuestión lo que una mujer *puede hacer* se pone también en cuestión lo que *es ser* una mujer. Las militantes, con sus prácticas que las situaban alternativamente en diversas posiciones, contribuyeron a desestabilizar el género respecto de su carácter normativo.

Los discursos partidarios, en su desconcierto, reflejan (aunque de manera deformada y no muy precisa) las transformaciones que se producen, a partir de la incorporación extendida de mujeres a las organizaciones revolucionarias, en los procesos de subjetivación política. Los modos dubitativos, la tentación de instruir, indicar y limitar son indicación de ello. Sin embargo, la memoria de las militantes muestra que el género es un hacer, que en su hacer produce subjetivación y sujeción y en consecuencia al ocupar el lugar de *agente*, aun cuando no lo hicieran desde o en nombre de su género, las militantes transgredieron las normas y los límites sostenidos en siglos de dominación patriarcal y constituyeron para sí una praxis.

Ahondar en los relatos de la militancia, analizar las formas en que las mujeres se incorporaron en las organizaciones políticas y político militares, leer cómo la doctrina partidaria trató su perturbadora presencia, constituyen ejercicios de recuperación de la experiencia política en todas sus dimensiones, con todas sus contradicciones. Son ejercicios necesarios, valiosos, que aportan a la comprensión de la diversidad de modos que asumió el compromiso político de las mujeres en el pasado reciente y también nos sirven para reconocer que los procesos de subjetivación política están determinados por deseos y decisiones tanto como por su tiempo.

Prensa y materiales de archivo consultados:

- El Combatiente. Órgano oficial del Partido Revolucionario de los Trabajadores por la Revolución Obrera, Latinoamericana y Socialista*. Buenos Aires, Partido revolucionario de los Trabajadores (Editorial): 1968-1980, 1ª ép.: 1-275) Edición facsimilar publicada en Daniel de Santis (2010), algunos números están también disponibles Archivo CeDInCI y en www.elortiba.org
- Estrella Roja. Órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)*. Buenos Aires, Pedro Luis Cazes Camarero (Director): 1970-1977, N° s/d. Edición facsimilar publicada en Daniel de Santis (2010).
- De Santis, Daniel (2010). *Archivo documental del PRT-ERP*. Edición en DVD anexada a *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Temperley: Estación Finlandia.

Documentos citados:

- ERP. [1973, Abril]. *Boletín Interno* N° 41.
- ERP. [1974, Abril]. *Boletín Interno* N° 57. Citado en ERP [1974]. *Boletín Interno* N° 64.
- ERP. [1974, Julio]. *Boletín Interno* N° 64.
- ERP. [1975, Julio]. *Boletín Interno* N° 95.
- Ortolani, Luis. [1972]. *Moral y proletarización*. Reproducido en *Políticas de la Memoria* N° 5, (2004/5) Buenos Aires, verano. [Originalmente publicado con el seudónimo Luis Parra en *La gaviota blindada*, N° 0, Rawson]
- Las compañeras en la guerrilla. [1975, 1° de diciembre]. En *Estrella Roja*, 65.
- La vida en el Monte. Carta de una compañera a sus padres. [1975, 15 de diciembre]. En *Estrella Roja*, 66.
- La vida en el Monte. Los campamentos. [1975, 15 de diciembre]. En *Estrella Roja*, 66.
- El papel de la mujer en la revolución. [1976, 3 de marzo]. En *El combatiente*, 157.
- Conferencia del Camarada LeDuan. [1976, 24 de noviembre]. En *El combatiente*, 243.
- Conferencia del Camarada LeDuan. Segunda parte. [1976, 8 de diciembre]. En *El combatiente*, 245

Bibliografía:

- Burucúa, José Emilio (2003), *Historia, arte y cultura. De Aby Warburg a Carlo Guinzburg*, Buenos Aires: FCE.
- Butler, Judith (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *debate feminista*, 18. México.
- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós.
- Ciriza, Alejandra y Rodríguez Agüero, Eva (2005). Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP. *Políticas de la memoria*, 5. Buenos Aires.
- Cosse, Isabella (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- De Lauretis, Teresa (1996). La tecnología del género. *Mora*, 2. Buenos Aires.
- Eisenstein, Zillah (1980). *Patriarcado capitalista, feminismo socialista*. México: Siglo XXI.

-
- Haraway, Donna (1991). “Género para un diccionario marxista”. En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
 - Molloy, Sylvia (2003). “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”. En *Revista de Crítica Cultural*, n° 21, Santiago de Chile, noviembre.
 - Moreno, María (2004). “Poner la hija. Cuerpos y cartas”. En Ana Amado y Nora Domínguez (comps.). *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.
 - Oberti, Alejandra (2004/2005). La moral según los revolucionarios. *Políticas de la Memoria*, 5.
 - Richard, Nelly (2000). Revueltas femeninas y transgresiones de símbolos. *Revista de Crítica Cultural*, 21.
 - Sazbón, José (2005). “Género e ideologías. A propósito de las mujeres en la Revolución Francesa”. En *Seis estudios sobre la Revolución Francesa*. La Plata: Al margen.
 - Spivak, Gayatri Chakravorty (enero – diciembre de 2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39.